



CAPÍTULO VIII.

EN EL TÍVOLI DEL ELISEO.



PESAR de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto á Ricardo, la mañana en que salió de su casa después de la embriaguez de Sánchez, fuese en derecha á ver la Chata.

—Chata de mis ojos, le dijo al entrar, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! ¡Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni más ni menos.

—¿Pues qué...

—Figúrate que llegó Sánchez... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas más; por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos á lo que importa, dijo Amalia bajando la voz. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, á mí no me basta saber que me quiere... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber... pero fíjate bien en esto, *necesito* saber hasta qué punto me ama Ricardo, hasta qué punto es hombre de resoluciones y en fin... si en último caso puedo contar con él.

—¿Para qué?

—¡Anda! Chata! para qué ha de ser? no ves que ya no es posible vivir con Sánchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demás no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma; escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto á él: figúrate que sé...

—¿Qué, mujer?

—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte más grave del asunto.

—¿A ver?

—Sánchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un día de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarro, no debo soportar las consecuencias; pero á la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto

si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré á aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuáles serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto á que te ame, él me ha dicho muchas veces tantas cosas de tí, que he llegado á creer que está verdaderamente enamorado. Vamos á ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasión, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame á mí.

La Chata llamó á una criada y le dijo:

—Vas á la calle de San Juan de Letran y le dices á Jacinto Rodriguez, de mi parte,

que me mande el coche cerrado del otro día, el de los frisonos tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy mujer de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ah! ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¡Qué mala eres!

—¿Porqué?

—Como Ricardo es poeta, vas á poner la escena en un jardín.

—Si fuera en una noche de luna respondería del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? yo no hago más que preparar las situaciones.

—Debías haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mía; pero no tengas cuidado, que aún cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

—¿Quién?

—Un buen amigo.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma! mira que tú y yo estamos que ni pintadas para salir á danzar en la *Linterna mágica*.

—Pues el día que quieras te presento á Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás cómo en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos á lo que importa y ya que tú vas á dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? llorar.

—Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la más mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.

—¿Y si me huele?

—¡No! te lavas las manos con mi jabón.

—¡Ay! qué sacrificio! se me van á poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras qué te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras me gustan más tus ojos.

—¡Ah! entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó á los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamación.

Algún tiempo después llegó la criada.

—Me tardé, dijo al entrar, porque no estaba allí el señor Rodriguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Eliseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo más secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Eliseo estaba solo. Al través de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado

las vió por los intersticios de las enredaderas. La Chata dejó instalada á Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió á montar en el coche.

Media hora después volvía acompañada de Ricardo, solo que esta vez, no se paró el coche á la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió á Ricardo á un cenador.

—¿Con que es cierto? exclamaba Ricardo, ¡qué hombre! ¡Dios mío! ¡qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y más que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante unión no podía resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mujeres somos tontas para elegir y siempre vamos á dar con lo peor.

—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

—Sí señor, qué había de hacer la pobre?

—¿Pero á donde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me aflige es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto á eso, dijo Ricardo con aire de gran señor, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he tenido una parte tan directa en este rompimiento, á mí me toca darle á Amalia una compensación; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilación, Chata, sin dilación; vamos á ver á Amalia, quiero tranquilizarla quiero probarle que..... vamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo! ¿acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que después.....

—¡Qué disparate! jamás me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que más pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada.....

—¡Ah! qué alma tan noble tiene Amalia! exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decía: Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! mira que él es muy caballero y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

—Y yo no quiero eso, decía Amalia (continuó la Chata), no quiero que jamás haga Ricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré donde me voy, me volveré á encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de como lo quiere.

—Vamos á ver á Amalia, dígame usted, en dónde está, dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted, dijo la Chata, que por lo pronto..... como la cosa me cogió de sorpresa, no supe qué hacer con ella: en mi casa la buscarían y en otra parte no tendríamos libertad para hablar; tomamos un coche y nos venimos aquí.

—¿Aquí está?

—Y yo al verla tan afligida y sin saber por mi parte qué partido tomar, me pareció conveniente avisarle á usted.

—¿En dónde, en dónde está? vamos á verla.

—Vamos.

Y la Chata y Ricardo salieron del cenador que ocupaban y se dirigieron al que ocupaba Amalia, quien había tenido tiempo sobrado de prepararse y había estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! dijo Amalia arrojándose á ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

—Hubo el silencio propio del *tableau*; si-